

VÍCTOR MORENO

ONIRIA VIGIL

Platero
COOLBOOKS 

Título: Oniria vigil

Primera edición: febrero, 2026

© 2026, del texto Víctor Moreno Lozano.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 363-2026

ISBN: 979-13-87720-78-0

Dedicado a aquellas personas que se toman la molestia de contrastar la información en varios medios de comunicación, a aquellas que deciden leer para disminuir sus posibilidades de ser engañadas y a las que se sienten solas.

Para las personas que sufren una enfermedad mental y para las que hacen un esfuerzo por comprender que esta es también una patología que necesita ser curada y no una elección de la persona que la sufre, que también merece ser escuchada.



Índice

Símbolos	9
La previa	11
El pueblo.....	13
Franela	19
La casa.....	21
Vigilia.....	25
Intentos.....	27
Sofía.....	29
Viajes.....	31
Una década.....	33
Un pueblo	35
Seguros	39
Otra vía	47
Cambios.....	51
Rusia.....	57
¿El día de la marmota?.....	65
¿Loco?	69
La bruja.....	71
Inverosímil	73
Paranoico.....	75
Conspiración.....	79
Interno	85

La radio.....	87
Cuerdo	95
¿Ahora?.....	97
Vuelta a casa.....	105
El señor canoso.....	109
El libro	111
El entorno.....	113
Aclaraciones.....	115
Desenlace	117
Agradecimientos.....	119

Símbolos



La previa

Intenté saber qué había hecho el día previo para llegar a estar así, cuál había sido mi rutina, qué había visto o leído. Pude reconstruir algunos detalles, al mediodía vi un capítulo de la serie televisiva *Falcon Crest*, pero esto no guardaba relación alguna con el suceso. Por la tarde había estado realizando dibujos de gatos, y viendo un rato el programa *La bola de cristal*. Había estado también leyendo un libro sobre míticas ascensiones vascas, pero ya está. Bueno, por la noche vi la película *Carros de fuego*, ambientada en la historia de Harold Abrahams y Eric Liddell, dos atletas olímpicos británicos que participaron en los Juegos Olímpicos de París de 1.924 y, antes de dormir, estuve leyendo unos cinco capítulos de *La sonata a Kreutzer* de Tolstoi.



El pueblo

Me encontraba en el típico pueblo de montaña en el que todo el suelo suele ser adoquinado en piedra, de calles estrechas y casas construidas con el mismo tipo de material, antiguas, de planta baja. Este pueblito no debía tener más de 100 habitantes, no sabía dónde se situaba en realidad ni que hacía allí. El cielo estaba nublado, pero no sentía ni frío ni calor, no podía ver montañas alrededor, aunque sabía que el pueblo estaba rodeado de estas y que cerca pasaba una carretera nacional, a pesar de que no la había visto. No escuchaba casi ningún ruido ni sonido y sabía que era un lugar gélido, aunque yo no sintiera el frío, y que aquellas antiguas casas, con toda seguridad, tenían puestas sus chimeneas. Tampoco podía percibir el olor a tronco quemado que estas desprenden.

Estaba en una calle en la que todas las casas estaban unidas de forma longitudinal, el color del suelo se fundía con el de las paredes y los tejados parecían envejecidos, de pizarra y llenos de musgo. Cada casa tenía una ventana de madera pequeña y una diminuta puerta de acceso a la calle. Algunas tenían alguna maceta con puntuales plantas exóticas, con muy buen aspecto, cerca de la entrada, por lo que la vista aérea de la calle debía ser espectacular. El pueblo era pequeño,

pero esa calle era larga, originando una manzana rectangular, con sus dos lados más largos bastante extensos y sus otros dos lados muy cortos. A la derecha y a la izquierda se me perdía la vista en la calle, por lo que debía estar más o menos en el centro de esta, aunque podía visualizar la esquina derecha. Frente a mí, observaba la única puerta de la calle que tenía de unos tres a cinco escalones de piedra para acceder a la casa y ninguna maceta. De pronto, sin saber por qué, estaba subiendo esos escalones y viendo que tenía una placa de mármol en el lateral derecho de la puerta, desde mi posición. Parecía un símbolo celta o algo así.

¿Qué hacía yo allí? Miré mis manos y vi que tenía un lápiz enorme y un folio y, como si alguien fuese dueño de mis extremidades, me vi apoyando el folio sobre la placa y calcando sus siluetas en este con el lápiz mediante trazados largos y rápidos.

La realidad era que no sabía dibujar muy bien, pero la placa, a simple vista, era algo así como un Lauburu vasco esculpido sobre este material geológico, ese símbolo de 4 lados representativo del sol, la vida y el movimiento.

Como bien he mencionado, no se me daba nada bien dibujar, pero bueno, era posible hacerse una idea algo más gráfica, materializándola, viendo este dibujo. Sin embargo, no me preocupó el símbolo de la placa, sino lo que el folio me mostró después de realizar un *frottage* con mi lápiz. Ahí empecé a ponerme nervioso, ¿qué estaba pasando?, ¿qué hacía yo allí?, ¿me habían drogado y estaba metido en algún lío turbio? ¿Que por qué me preocupaba tanto? Era una esvástica nazi, sin duda.

Una vez hube dibujado este tenebroso símbolo,

miré a un lado y a otro de la calle, y pude apreciar a lo lejos lo que me parecieron varios hombres vestidos con ropa invernal cómoda y negra tras cada esquina. Estaban al final de la calle. Los observaba diminutos por la lejanía. El día no estaba muy despejado, pero diría que uno de ellos me estaba haciendo el símbolo del *okey* situando el pulgar de su mano hacia arriba.

¿De qué me conocían?, ¿me lo estaban haciendo a mí?, ¿en qué andaba metido? Desde luego, debía de ser a mí, porque no había nadie más en la calle.

De pronto, la puerta se abrió y salió un señor, a quien no tuve tiempo de verle la cara por los nervios derivados de la situación. Llevaba puesto un jersey rojo de cuello alto y pantalones marrones, era barbudo, algo rechoncho y tenía el pelo canoso, pero, sobre todo, lo que más parecía era enfadado.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? —gritó.

—Yo... Yo... No sé... —Traté de explicarme, casi tartamudeando, pero la ansiedad me paralizó.

Pude observar cómo la cara de enfado del señor se tornaba a preocupada, al mismo tiempo que el enfado pasaba a ser enfurecimiento. Yo pude percibirlo, y la realidad es que en una situación normal es probable que me hubiera quedado petrificado allí mismo del terror, pero ese día no tardé mucho en comenzar a correr. El señor no trató de agarrarme o pararme, tan solo miró hacia dentro de la casa y gritó: «¡matadle!».

No podía ser. Esto era una pesadilla. No conocía aquel pueblo y esa gente vivía allí, corrí a lo largo de la prolongada calle con mi dibujo en la mano buscando la esquina más cercana, que era la de la derecha. Corrí sin parar y pude notar, mientras lo hacía, que me perseguían, aunque también que tenía la ventaja que

me había concedido su retraso al iniciar su salida de la casa. El señor mayor no se movió de la puerta que me había abierto. Solo observaba con la mirada atenta, clavada en mí.

En cierto momento, me crucé con uno de los señores de negro que me había hecho el símbolo del *okee* a lo lejos, poco antes. Creo que me dijo algo así como: «buen trabajo». Tras cruzar la esquina, pude ver a dos o tres perfiles de personas similares y, de pronto, comencé a escuchar tiros. Vi cómo uno de estos hombres caía muerto a mi lado y me asusté mucho. Este pueblo no tenía más de dos o tres calles y, aunque estaba en una zona montañosa y al lado de la carretera, tenía la sensación de no poder salir de allí.

Me atraparían, me meterían en aquella casa y me matarían. Basándome en mi experiencia cinematográfica, me interrogarían antes y; aunque yo dijese que no sabía nada, aunque esa fuera la pura verdad, me torturarían pensando que mentía.

Estaba aterrorizado, pero también calmado, parecía como si observase mi propia situación desde lejos, sintiéndome inmortal, como el protagonista de alguna película de acción. Sin embargo, al mismo tiempo podía percibir cómo moriría de verdad si una de esas balas me alcanzaba o si lo hacía ese grupo de extrañas personas, que yo intuía pertenecientes a algún extraño grupo neonazi.

Era extraño, contradictorio. Me sentía la persona más valiente, pero, en ese momento, también la más incrédula y cobarde. Si era inmortal y no se trataba de un sueño, ¿por qué corría y no los enfrentaba? No podía hacerlo, algo me decía que moriría. ¿Entonces resultaba que todo era real? No entendía nada.

Pude observar hasta dos muertos. Sin saber dónde ir, sin encontrar ningún escondite posible y sin más tiempo para reaccionar, aparecieron los hombres cuyo objetivo era darme caza y me apuntaron con sus pistolas para matarme. Me sobresalté.



Franela

Abrí los ojos, tras haberlos cerrado para recibir la muerte y pude apreciar que estaba tumbado sobre mi cama. Fue curioso, pues dormía bocabajo, como siempre, pero la posición de mis piernas y mis brazos imitaban una esvástica. En otras ocasiones, con este tipo de sueños solía despertarme taquicárdico, alterado, sudoroso y con sensación de asfixia. Esta vez desperté tranquilo. No podía explicarlo, pero necesitaba volver a dormir. Eran ya las ocho de la mañana, y había podido verificar que estaba en mi cama, en mi piso de Estella-Lizarra, arropado en sábanas de franela, sintiendo su calor. Bueno; este, el de la manta y el edredón, que lo reforzaban cada día durante el invierno. Seguía sobre mi cómoda almohada de siempre y, aunque mi intención era despertarme a esa misma hora, quería saber qué había tras esa puerta, en esa casa y quién era aquel señor.

Pero todos sabemos lo difícil que es volver a un sueño que nos gusta, retroceder justo al mismo punto y continuar por donde íbamos. Es más, cuando se suele hacer ese esfuerzo consciente ya no se consigue ni conciliar el sueño de nuevo, de la misma manera que cuando tienes tantas ganas de dormir que no puedes hacerlo. Mi pareja estaba a mi lado dormida y no

pudo percatarse de mi despertar, por suerte, porque si me hubiera hablado o preguntado si estaba bien, como en otras ocasiones hacía cuando despertaba de una pesadilla sobresaltado, quizás me hubiera molestado mucho no poder seguir concentrado para volver a aquel sueño. Con todo a mi favor, volví a intentarlo. Mis sensaciones acompañaban. Llevaba ocho horas dormido, pero aun así tenía bastante sueño, sentía que quería continuar durmiendo varias más. Era extraño, pues lo normal era que necesitara dormir poco para estar muy activo y, cuando estaba algo más perezoso, solía obligarme a despertar y todo iba más fluido una vez daba este paso. Pero ese día no quería, quería dejarme llevar, volver a aquel sueño, y lo intenté.

La casa

De repente estaba en la puerta de aquella casa otra vez, en la misma calle, en el mismo lugar, con las mismas sensaciones, el mismo clima y los mismos señores de negro en ambas esquinas. Pero esta vez en mis manos, había un bolígrafo sin capuchón y una pistola, la típica *pipa* de color negro de las películas americanas. Una de esas cuyas dimensiones no son superiores al tamaño de una mano. En mi izquierda tenía el bolígrafo y en la derecha el arma.

Así, procedí a llamar a la puerta. Abrió aquel mismo señor, pero pareció que hubo un lapso, el tiempo se paró y pude observarle bien. Era un señor alto, quizás unos diez centímetros más que yo, tenía unas manos grandes y fuertes, tenía espaldas anchas, pero también una barriga de cirrótico prominente. Su pelo era cano y parecía suave, con la barba larga del mismo color. Era una especie de san Nicolás malévolo, con el pelo y la barba recortados. Su tez estaba enrojecida, estoy seguro de que por estar al calor de la chimenea. Era la típica piel que tienen las personas que viven en lugares fríos como los países nórdicos. Su ceño blanco estaba fruncido al verme, sus ojos verdes se clavaron en los míos como una puñalada. No tenía una nariz grande, pero tampoco pequeña, ni fina ni de gancho,

y sus labios eran grandes, aunque no tan gordos y carnosos como para ser el atributo más destacable de su rostro.

De improviso, tras observar aquella escena, miré a ambos lados y vi a los hombres de negro, con un pasamontaña puesto y portando armas mientras me asentían con la cabeza, como si me dijeren: «hazlo».

Me di cuenta de que el señor que abría la puerta se había percatado de este gesto y comenzó a forcejear conmigo. ¿Qué hacía yo de nuevo allí? No sabía por qué, pero sí que debía clavarle el bolígrafo en el corazón. Este señor tenía mucha fuerza, pero no conseguía someterme ni tirarme al suelo, y eso que yo estaba de espalda a los escalones y a la calle, y él partía de una posición de superioridad, además de ser más grande que yo.

Otro hecho curioso, que no tenía explicación lógica, fue el de que yo tenía en la derecha el bolígrafo, cuando en realidad en ningún momento lo había cambiado de mano. Eran detalles que me permitían tener la seguridad de que estaba en un sueño. Me zafé de su mano izquierda, que agarraba mi muñeca derecha, y pude clavarle, de manera insulsa y absurda, la punta del bolígrafo en el pecho. Pero claro, solo la punta, por lo que no causó el efecto esperado, aunque sí conseguí que soltara mis manos y cayera al suelo de espaldas, quedando yo tumbado sobre él. Ahora la pistola estaba en mi mano derecha y, apuntándole a quemarropa al corazón, traté de disparar cuando esta se desmontó, esparciéndose sus piezas por el suelo. Además, en este despiece pude observar que no tenía balas.

¿Qué sucedía? ¿Los señores de negro estaban com-
pinchados con el que abría la puerta y me la habían

jugado? Sentí miedo y debilidad, en ese momento sí, y este señor, el supuesto dueño de esta casa, de esta organización, mafia o lo que fuera, aprovechó para empujarme y tirarme escaleras abajo. Justo después, los señores de negro que custodiaban mi operación se aproximaron a él y entraron en la casa, como si fueran el GEO, la CIA o las fuerzas especiales, con sus metralletas, en gran número, pero no escuché tiros, no escuché que mataran ni detuvieran al señor que me abrió la puerta. Aproveché para correr al lugar al que corrí en la primera ocasión.



Vigilia

De buenas a primeras desperté, y esta vez sí estaba decidido a salir de la cama, pero no a olvidar mi sueño. Por algún motivo me había marcado. Otras muchas veces soñaba cosas extrañas, pero nunca decidía que debía conservar el recuerdo sobre ellas. Nada más salir de la habitación, comencé a grabar un audio en una vieja grabadora que tenía para immortalizar este tipo de sucesos, explicando este sueño para no olvidarlo. «Cosas importantes», se llamaba el archivador donde guardaba las cintas con estas grabaciones. Es superimportante este sueño, llegué a pensar. Qué mal tengo la cabeza, no puede ser que dé importancia a esta chorrada, reflexioné después.

No había ni seguido la rutina habitual, que consistía en salir de la habitación y cerrar la puerta para que mi chica no se despertara, pues tendía a hacerlo algo más tarde que yo. Después solía orinar y observar mi rostro con calma frente al espejo. A continuación, solía quitarme mi funda dental para el bruxismo, me enjuagaba la boca, me lavaba la cara y me humedecía el pelo con agua helada antes de cepillármelo y realizar con mucha energía tareas del hogar.

Ese día, no me quité ni la funda, aunque con esta no era capaz de hablar bien, para no olvidar el sueño.

Sin espera alguna, decidí grabar el audio dirigido a mí mismo como único oyente, para no olvidar ningún detalle, aunque algunos ya se habían perdido por el camino.

Cuando Sofía abrió la puerta la abordé.

—¡Buah! He tenido un sueño super raro, te lo prometo —dije entusiasmado.

—¿Has dormido bien? Te he visto dar muchas vueltas —respondió aún con cara de dormida.

—Sí, sí. Genial, de hecho.

—¿Qué has soñado?

—Pues mira, estaba en un pueblito de piedra, como de montaña, cuando de pronto, sin saber por qué, me encontraba en la puerta de una de las casas con un lápiz y un folio. Me puse a calcar el símbolo tallado en mármol que había en la puerta y me salió la esvástica —conté con pasión.

—¡Madre mía, Andrés! Estás fatal —dijo Sofía desmerezándose.

—Luego me abrió la puerta un señor canoso, gordo y barbudo y yo trataba de matarle, pero no podía, y cuando salía huyendo, me defendían unos señores vestidos de negro con pasamontañas, botas y armas que irrumpían en la casa. Yo creo que eran rusos, Sofi —proseguí.

—¡Uf! Sí que estás mal, sí —respondió.

—Me gustaría dibujarte la placa.

—Vale —respondió sonriendo, algo burlona.

La realidad es que pasé esa mañana con ella, pero no me acordé de dibujar la placa hasta horas después, cuando me quedé solo frente a mi escritorio y recordé de nuevo este sueño.

Intentos

Durante las semanas siguientes, como si se tratase de algún impulso, intenté volver a soñar lo mismo, pero no pude. De hecho, las semanas y meses posteriores fueron de insomnio.

Procuré conseguir somníferos, pensando que solo necesitaría dormir bien para revivir aquello, sin tener la intención de rememorarlos de manera consciente, pero no lo conseguí, solo conseguí engancharme a ellos y me llevó tiempo deshabituarme después.

En otras ocasiones intentaba leer algún capítulo de *La sonata a Kreutzer* de Tolstoi, también sin resultado. Vi, incluso, un día no muy lejano del primero, la película de *Carros de fuego* de nuevo y algún capítulo de la serie *Falcon Crest*. Traté de combinarlos también sin ningún tipo de éxito.

Para especificar más aún, procuré reconstruir aquel día. Al principio, lo hice incluyendo la lectura del libro de la montaña vasca, pero después quise ser más exhaustivo investigando qué capítulo concreto de cada libro había leído, qué día y a qué hora lo había hecho. Lo mismo pretendí con la película y la serie. Traté de recrear aquel día al completo haciendo partícipe incluso a mi pareja, que ya me miraba como si estuviera trastornado, pero que decidió interpretar su

papel, clavándolo, como siempre, según mi recuerdo.

Esto no fue difícil, pues había anotado en el diario que por aquel entonces escribía, el nombre del libro de montaña justo al terminar de leerlo, lo que demostraba que era el último capítulo. Además, había fotografiado el capítulo del libro de Tolstoi que acababa de leer esa noche, porque una frase me había llamado la atención. Así, una vez revelada e impresa, podría enviársela a un amigo. Me recordaba a él. En la fotografía aparecían la fecha y la hora exacta. Pocos días después de llegar de Copenhague habíamos visto dos capítulos por día de *Falcon Crest*, por lo que, sabiendo el día en el que habíamos vuelto de la ciudad danesa, y qué día escribí el nombre del libro en el diario o realicé la fotografía de aquel capítulo del libro de Tolstoi, podríamos saber qué capítulo exacto de aquella serie vimos aquel mediodía.

Sofía

Por este tipo de locuras y por mis pensamientos, tuve ciertas desavenencias con Sofía que nos llevaron a dejarlo. Este sueño nunca se repitió y ya olvidé aquella idea, pero me sucedió poco después con otros. Además, yo había comenzado a tener unas ideas que distaban mucho de las que tenía cuando nos conocimos, pues ahora creía en asuntos como el poliamor, las relaciones libres éticas, las parejas abiertas e incluso podía afirmar que Sofía tuvo razón en irse, porque esperar tanto a que nuestras ideas fueran en la misma dirección y al mismo ritmo me llevó a faltarle el respeto en más de una ocasión, lo cual resultó una tortura para mí, por mi propia personalidad y por el amor que sentía por ella.

Pasábamos demasiado tiempo juntos y compartíamos muy poco. Yo era nervioso, activo, curioso, rural. Ella calmada y tranquila, urbanita. A mí me gustaba explorar, descubrir, conocer a personas nuevas y vivir nuevas experiencias. A ella le valía con estar cómoda en casa, conmigo, en su ciudad, cerca del centro comercial donde realizar sus compras, o de los restaurantes modernos donde fotografiarse con sus dos amigas. Compartíamos un perro, que se fue con ella tras nuestra ruptura.

En ese momento la echaba de más y, aunque tardamos en tomar la decisión, lo dejamos y se fue. Yo sabía que cuando se fuera la echaría de menos, y así sucedió, pero es que esto lo sabía hasta cuando la echaba de más, por lo que hubo pocas salidas. En fin, me quedé viviendo solo, sin compañía, y creyendo que lo que sucedió con aquel sueño era una auténtica locura, que debía entender que solo había sido un sueño y nada más.

Viajes



Una década

En el verano de 1.998, decidí reservar un viaje en solitario a Alemania. Hacía ya diez años que lo había dejado con Sofía. La echaba de menos, y no había podido rehacer mi vida en ningún sentido. No confiaba en amigos, al final siempre te querían por interés y mi migración por varias ciudades españolas no me había permitido tampoco afianzar ninguna relación estable. Tampoco había conseguido conocer a nadie a quien quisiera para algo más que sexo, pues todo me recordaba a ella. Hay que tener mucho cuidado con lo que se desea. En aquella época yo la echaba de más y después estuve años destrozándome a mí mismo por tomar aquella decisión.

En ese momento, ella estaba casada, vivía en los altos Pirineos franceses, en su bonito pueblo cerca de Lourdes, su marido parecía ser más tranquilo que yo y tenían un par de hijos. Casada por la Iglesia y con un gran empresario, siguiendo la tradición familiar, como sus otros tres hermanos varones, su familia se sentía orgullosa de que me hubiera abandonado por fin para mejorar su vida.

Yo nunca fui un buen partido ni comulgué con las ideas religiosas. Además, perdí la ilusión de ser padre mientras estaba con ella, aunque no por su culpa,